

«EL POBRECITO EMBUSTERO»

Farsa en tres actos, de Víctor Ruiz Iriarte

Después del éxito alcanzado por la compañía de Carmen Carbonell y Antonio Vico, al presentarse en Romez con «La culpa es tuya» de don Jacinto Benavente, renovaron anoche la cartelera con la farsa en tres actos «El pobrecito embustero», debida a Víctor Ruiz Iriarte.



Estrenáronla en Madrid, en mayo del pasado año,

los mismos artistas, que ahora la presentan a nuestro público y es, en rigor, una de aquellas concepciones escénicas que reúne valores suficientes, dentro de los naturales («baches») que toda producción contiene, para interesar y divertir.

Trazamos este preámbulo para señalar al lector la coincidencia de haber asistido con éste, a dos estrenos del mismo autor en el curso de siete días. Si bien en anterior ocasión el juicio crítico que nos mereció su comedia no resultase demasiado halagüeño, ahora nuestra pluma debe moverse más holgadamente, porque, en definitiva más amable es la comedia. Y más pensada y, ciertamente, más ambiciosa.

No tiene otro remedio don Lorenzo — el pobrecito embustero —, el infeliz catadrático provinciano, que hacerse el moribundo para que todos cuantos le rodean prodiguen unos mimos, unas caricias y unos cuidados que antes no mereció de nadie. Cuando la mentira se descubre, la ficción alcanza el resultado propuesto, y con ello viene a demostrarse que la vida del afecto sincero nace, para algunos, con la muerte.

Este es, a grandes rasgos, el argumento de que Víctor Ruiz Iriarte se ha servido para montar una obra agradable, ingeniosa, limpia y clara, hecha de pura farsa en su primer acto y de comedia auténtica en los dos restantes. Una tragedia grotesca, a lo «Arniches», en más de dos y tres escenas episódicas de singular comicidad. Hasta aquí podría haberse calibrado la obra como perfecta, dentro de un terreno cómico, con atisbos de ternura y de poesía. Pero Ruiz Iriarte se dió cuenta de que iba a quedarse a mitad de camino y añadió a la limpieza argumental unos personajes secundarios y unas escenas que no sólo diluyen el hilo temático, sino que deforman el buen contenido del pensamiento. En primer lugar, la estrella «cinematográfica», desencajada de figura escénica y poco feliz en sus alusiones a personajes históricos, aquellos que precisamente por su relieve deben ser inatacables aun dentro del terreno ligero y humorístico en que se les quiere colocar. Y después, con la inconsistente Magdalena, la solterona, cuya fervorosa piedad es motivo de una cierta irreverencia que, por las razones anteriores, participa de iguales defectos.

El primer acto, hábilmente trazado, brilla a envidiable altura. Después, los tipos se diluyen y sólo queda un diálogo ágil y fluido.

Globalmente es acertado el pensamiento del autor que pone en boca de sus personajes muchas frases ingeniosas, hechas de humanidad palpitante. Y el final presentado, es, no obstante, una bella lección.

Concretando: «El pobrecito embustero» quedará como una muestra de buen teatro, de ese que por desgracia no abunda en los tiempos modernos, y por lo mucho que de bueno contiene se le puede absolver al autor de lo poco que salió contrahecho y aviejado.

Capítulo aparte, y destacado, merece la interpretación de la comedia, Carmen Carbonell, muy precisa y segura, recedió pasados triunfos. Antonio Vico, personaje central, supo extraer a su papel todos los matices requeridos y en múltiples situaciones demostró hallarse en posesión de los mejores recursos. Muy bien la breve, pero substancial intervención de Bertita Raza, la Loreto ingenua que vivió una colegiala convincente, así como la labor de Jorge Vico, en quien vemos al padre en los difíciles recursos escénicos que sortea con categórico dominio de las tablas. Y esa imitación no es en él defecto, sino cualidad singularísima.

Coadyuvaron eficazmente al buen éxito del conjunto las figuras de Pilar Bienert, Angelita Caballero, Lolita Gálvez — la criada simplona y vivaracha que nos es ya familiar en el teatro — y que valió a la actriz un aplauso espontáneo en un afortunado mutis. Dolores Tejada y José Alburquerque, actor de carácter muy inteligente.

Al término de los actos sonaron insistentes aplausos y el público pasó una grata velada, prueba evidente de que el triunfo de «El pobrecito embustero» llegó rodado para todos los actores, que saludaron repetidamente desde las tablas.

JOSE MARIA JUNYENT